



CERÁMICA, PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

D. Antonio Vivas Zamorano, Director de la Revista Internacional “Cerámica”

Ponencia expuesta en el II Congreso de Cerámica de la AeCC celebrado en La Rambla.

Toda mi vida he oído decir que el ser humano es un ser racional... francamente yo no he visto ninguna prueba de ello, pero al final nos quedan las artes, la ciencia, y dentro de las artes, naturalmente, está la cerámica. Cuando uno dice estas cosas, siempre hay alguien que eleva un poco la ceja, y dice: “no, eso son cacharros... artesanía... ¿Cómo que arte?” de modo despectivo. Últimamente a esos discursos, los críticos los estamos cocinando en un horno de cerámica que tenemos en el despacho.

Quizás la pintura es sueño, la escultura es verdad, y la cerámica es fuego. Desde hace más de 31.000 años, cuando empieza la cerámica en Europa con la Venus de Dolni Vestonice, la cerámica es tierra, agua, aire y fuego, a lo que habría que añadir pasión, ya que sin pasión, como decía Picasso, no se puede hacer nada. Estoy completamente de acuerdo.

Yo soy marxista, toda mi vida he sido marxista: lógicamente estoy hablando de Groucho Marx, el gran cómico americano de los hermanos Marx. Groucho siempre decía que la felicidad está en las pequeñas cosas... un pequeño yate, una pequeña mansión, una pequeña fortuna... para un ceramista, lógicamente, sería un pequeño horno, un pequeño taller, y, naturalmente, una pequeña fortuna. Parece ser que – esto dicen que es una leyenda, pero a mí me parece una leyenda atractiva- que Groucho Marx había puesto en la tumba “perdonen que no me levante”. No sé si es verdad o no, pero realmente a mí tampoco me importaría poner un epitafio de ese tipo en una tumba.

En este sentido, parafraseando a Groucho Marx, él diría: “¡La cerámica! Para eso, que me traigan un niño de once años, eso lo entiende cualquiera...” pero, realmente, el tema es más complejo. El gran poeta americano Walt Whitman hablaba de que una brizna de hierba es igual al saber de las estrellas. A veces, las cosas sencillas son difíciles de entender. En este sentido, encontramos por ejemplo en el cuadro de las Meninas, de Velázquez, a la dama que ofrece un búcaro a la infanta Margarita, y... es curioso, en aquel tiempo ¡los búcaros se comían!.. Es lo que conocemos como bucarofagia, descubrimiento que debemos a Natacha Seseña. Con esto quiero decir que siempre, en cada cosa, cuando se la mira bien, hay un misterio, un enigma. Sin embargo, en la percepción de las cosas hay un problema cultural, una falta de entendimiento que afecta a las artes, y muy especialmente a la cerámica. Hay muchos ejemplos de esto, cualquiera puede hacer la prueba. Si preguntamos a cualquiera a qué le recuerda el nombre “Fra Angélico”, nos dirá que es una marca de licor, no un pintor renacentista. Lo mismo ocurre con Stradivarius, o Tintoretto, que se asocian a marcas de ropa. Estamos, pues ante un problema de suplantación cultural.

Hay una suplantación de nuestra herencia cultural, que afecta a nuestro conocimiento y percepción de la cerámica, que, por este motivo, no ocupa en nuestras sociedades el lugar que merece. Estamos en la cultura del telegrama (los 140 caracteres de twitter), en una cultura donde muchos jóvenes se expresan con un léxico increíblemente pobre; una cultura donde, una vez que están desapareciendo las enciclopedias en papel, acudimos al buscador de Google y las entradas dedicadas a un mocoso como Justin Bieber triplican las dedicadas a Einstein. ¿Se puede medir la importancia de las cosas por el número de entradas que a ella dedican los buscadores de Internet?



Esto va en relación con lo que representa para nosotros la cerámica. “La cerámica...por todas partes la busco, sin encontrarla jamás. Y por todas partes la encuentro, sólo por ir a buscar...” La cerámica está ahí, necesitamos vivirla como algo propio, como parte de nuestra herencia cultural.

Sin embargo, la sociedad no trata demasiado bien a sus artistas. Tenemos, por ejemplo, el caso de Borges, al que desposeyeron de su cargo de bibliotecario, por motivos políticos, relegándolo a inspector de aves de corral (lógicamente, se trataba de una provocación, una humillación calculada). Hay toda una tradición de maltrato al artista, y especialmente al ceramista, empezando por el caso, allá en los primeros tiempos del Cristianismo, de las mártires Santa Justa y Santa Rufina...tenemos también la expulsión de moriscos y judíos de la Península, y, a este respecto, cuando uno va a Aragón y ve las maravillas del arte Mudéjar, realmente hay cosas que nos se entienden. En este sentido, yo soy de la opinión de que hay dos cosas infinitas: El Universo y la estupidez humana. Tenemos también el caso de Lucie Rie, de Hans Coper, perseguidos por el nazismo por motivos políticos o racistas. Eva Zeisel, diseñadora recientemente fallecida, fue encarcelada en la URSS, y tuvo que refugiarse en los EEUU.

Vemos, por tanto, que el ceramista no es necesariamente apreciado. Estamos en una cultura en que la banalidad es rentable, y padecemos una profunda ignorancia, en general, acerca de nuestro pasado, nuestro Patrimonio, el Arte. Hay que subir el pueblo a la cultura, y no bajar la cultura al pueblo. Podríamos seguir dando ejemplos de la banalidad rentable, y ya no sólo referido a la T.V. basura o la degradación de la literatura de los best-sellers, sino también en la obra de “artistas” como Damien Hirst, con su calavera de diamantes o su tiburón en formol, o Jeff Koons, con su Puppy a la entrada del Guggenheim. ¿Es eso arte? Cuando el cedazo de la historia acabe con todo esto ¿Qué va a permanecer? Es cierto que el arte tiene que evolucionar, encontrar sus vanguardias, pero no todo va a sobrevivir.

Los museos de Arte Moderno como el Reina Sofía, o el MACBA, a menudo excluyen la cerámica de los movimientos del arte actual, ¿por qué? Este es un tema que se ha discutido siempre. La cerámica se ha cuestionado como arte aduciendo su funcionalidad, en muchos casos. Pero el que haya una función (en mayor o menor medida) no va en detrimento de su sentido narrativo, o la necesidad espiritual, que son contenidos del arte.

La cerámica tiene múltiples aplicaciones, en la industria, la construcción, dadas sus especiales características y su versatilidad. En un pecio en el fondo del mar, curiosamente, lo único que sobrevive el paso del tiempo y la erosión es la porcelana. La cerámica tiene infinitas posibilidades, y eso hace que a veces haya una confusión, inclusive con otras artes como la escultura. Los orígenes de la cerámica están en la Venus de Dolni Vestonice, que es en realidad una escultura, una pequeña figurilla de barro con más de 31.000 años de antigüedad. Es una escultura, y es también cerámica: un material plástico, moldeable, el barro; que alcanza dureza gracias al fuego. Y luego está la magia de la cerámica...que un barro rojo se pueda transformar en negro gracias a una reducción, o la translucidez en ciertas porcelanas chinas...

La cerámica es anterior a la agricultura y a la vida sedentaria. Cuando en esta época primitiva alguien modela, por ejemplo, unos bisontes copulando como los hallados en Letuc, está narrando un hecho de su vida, se está expresando. Hay una narrativa, una necesidad espiritual: Esto es arte, poesía, evidentemente. Luego tenemos la cerámica Jomon, las puertas de Ishtar –que pueden admirarse en Berlín- la pasta egipcia, mal llamada mayólica egipcia cuando no se trata de un esmalte sino de una eflorescencia...Tenemos las magníficas piezas de Euphronios, de Exequias, en las que encontramos narrados episodios de la cultura griega, que de otro modo no habrían llegado a nosotros. En la Grecia clásica había ceramistas, o alfareros, y había pintores, o el mismo alfarero también decoraba las piezas. Es curioso, porque ahora se admiran las instalaciones de, por ejemplo, Antony Gormley, y sin embargo, ahí están los Guerreros de Terracota de la tumba del emperador Qin; 8000 figuras, cada una con una fisonomía y expresión diferente...eso sí que es una instalación.



Vemos, por tanto, que la cerámica tiene aspectos de pintura, de escultura, de instalación, independiente mente de su funcionalidad. En la cultura Anasazi, se producían una especie de cuencos perforados, cuya función no entendían los arqueólogos. Según los chamanes, era para “que se escape el Gran Espíritu”. La cerámica, funcional o no, es un arte antiquísimo, es parte de nuestra herencia cultural y eso es lo que tenemos que defender.

Hay piezas de cerámica con un valor incalculable. Recientemente se ha vendido un jarrón chino Quianlong por sesenta millones de euros; están también los jarrones de la Alhambra, de los que se conservan sólo seis o siete en todo el mundo, cuyo valor podría ser incluso superior. La cerámica Iznik, también está ahora siendo muy demandada por la clase pudiente turca, lo cual ha disparado su valor.

En Oriente hay una concepción de la cerámica diferente a la que tenemos en Occidente, existe un conocimiento más generalizado sobre este arte. China, Japón y Corea, en este siglo XXI, se están convirtiendo en el centro de la cerámica mundial, gracias a ese conocimiento y esa implantación de la cerámica en la propia cultura de los ciudadanos. El rakú, ahora tan en boga entre nosotros, es parte de la ceremonia del té japonesa. Sen no Rikyu propone esa vuelta a la simplicidad, en contraste con la cerámica china, excesivamente decorada. A ese respecto, también Paul Gauguin decía que Sèvres, con sus decoraciones ostentosas, había matado a la cerámica. Sin embargo, y retomando la idea de la suplantación cultural de la que hablábamos antes, si se expusiera en El Corte Inglés una pieza de Chojiro Rakú, no se vendería ni por dos euros, cuando en realidad valdría más de 100 millones.

En España tenemos la figura de Josep Llorens Artigas, que puede considerarse como el padre de la cerámica actual, un maestro que dedicó su vida a enseñarnos el camino a los demás. Él ya publicaba artículos en la antigua Revista Cerámica, allá en los años 30. Hay una anécdota graciosa que me gustaría compartir con ustedes, de la época en que Artigas visitó París, alojándose en casa de Durrio. Éste lo llevó a tomar unos vinos, y, a la vuelta quedó a dormir en el sofá de la casa. Cuando a media noche quiso pasar al cuarto de baño, los fieros perros de Durrio se lo impidieron, de modo que no le quedó otro remedio que desahogarse en unas cerámicas que encontró en una vitrina. Eran las cerámicas de Gauguin. Artigas bromeaba luego diciendo: “Espero que las limpiaran antes de llevarlas al Museo de Sèvres...”

Por eso, cuando dicen que la cerámica no es arte, que son “cacharros”, uno piensa: ¿Por qué entonces Gauguin, o Miró, o el mismísimo Picasso dedican décadas a la cerámica?

Están también otros grandes ceramistas, como Bernard Leach o Shoji Hamada –superior a Leach a mi modo de ver, aunque Leach fue un gran pensador, que hizo importantes aportaciones en el campo de la cerámica. También está Peter Voulkos; Soldner, que ideó la versión del rakú que se ha impuesto en Occidente, confundiéndose a menudo con el primitivo rakú. Soldner había leído a Bernard Leach, introductor de la técnica japonesa en 1917, y practicó un rakú con fuertes reducciones a base de serrín, hojas de árbol o papel de periódico, pero ese no es el rakú original, sino una aportación americana, partiendo de Soldner, que se ha hecho muy popular. También tenemos a Hans Coper, un gran maestro del torno –hay gente que opina que el torno es limitado, pero las limitaciones no las tienen los instrumentos, sino los artistas. También practicaron cerámica Chillida o Tapiès, y actualmente tenemos la figura de Miquel Barceló, con su revestimiento para la Catedral de Palma. Yo estuve allí y después de una hora observando la obra no sabía si me gustaba o no. Barceló es un gran artista, muy valiente, quizás demasiado.

El campo de la cerámica es muy amplio; la cerámica participa de otras muchas disciplinas, como se ha dicho anteriormente. Tiene infinitas posibilidades en arquitectura, industria, ciencia, diseño. De alguna manera, esta versatilidad del material, unida al desconocimiento generalizado de la mayoría, ha desplazado la cerámica creativa, suplantándola por una cerámica mediocre, sencillamente porque se fabrica, se produce de modo industrializado...es una cerámica producida en serie, mientras que un Tenmoku, o un reflejo metálico, o un rojo de cobre, no puede ser reproducido: Es único.



(Hay una leyenda sobre esto: En el antiguo Oriente, en el taller de cerámica del emperador, entró un gato en un horno, provocando una fuerte reducción que hizo que las piezas salieran rojas. Al emperador le gustó y pidió más piezas rojas. El alfarero, que no conocía la causa por la que se había conseguido el cambio de color, desesperado se suicida metiéndose en el horno, de modo que las piezas conseguidas salieron del color deseado: Rojo.)

Esta es la idea: Hay que luchar contra la mediocridad, el desconocimiento generalizado. Todos formamos parte de una comunidad, de una tradición...la cerámica está presente en nuestras sociedades desde siempre, produciendo importantísimas obras de arte. La abundancia de aplicaciones de este material, la vulgaridad de ciertas producciones industriales, o la marginalidad a la que a menudo la condenan los propios críticos y directores de museos, no deben hacer perder el verdadero conocimiento de lo que es la cerámica. Como decía Neruda: "Se pueden cortar todas las flores, pero no se puede parar la primavera". Y la primavera de la cerámica no la va a parar nadie. Así que cuento con vosotros. Gracias.